

razón, y el aviso que había dado exigía otra cosa que esta cómoda resignación á la voluntad del cielo.

Marco Aurelio había investido á Casio del mando superior de las provincias orientales, que hacían frente al imperio pártico, desde el monte Amano hasta Pelusio, y habiendo estallado en Egipto una sublevación, lo autorizó á entrar con sus tropas en este país donde el hábil general metió muy luego en cintura á los insurgentes (170). Así, mientras los emperadores defendían difícilmente la frontera del Danubio, y uno de ellos, como agotado por el esfuerzo impuesto á su molición, caía muerto en el camino de Roma, Casio en Oriente humillaba al gran rey, conquistaba provincias y domaba á los rebeldes. No sino parecía que toda la virilidad del imperio se había retirado á los campamentos de Casio.



Júpiter, haciendo llover sobre el ejército romano (1)

piensa en la república. ¿No comprendes tú mismo cuántos edictos y sentencias y espadas serían menester para devolver al Estado su antigua fuerza? ¡Ah! ¡reniego de todos esos hombres que se creen proconsules del pueblo romano, porque el senado ó Marco han entregado las provincias á su lujuria y codicia! Bien conoces al prefecto del pretorio de nuestro filósofo: la víspera, mendigaba, y el día siguiente era rico. ¿Cómo sucedió esto sino corroyendo las entrañas de la república y de las provincias?

«Pues bien, el tesoro va á llenarse; y si los dioses favorecen la buena causa, los Casios devolverán á la república su antigua grandeza.»

Algunas de estas reconvenções son justas: Marco Aurelio filosofaba demasiado, y aquellos retóricos y filósofos á quienes daba las fasces consulares, debían ser singulares hombres de Estado, á juzgar por lo que nos queda del más célebre de ellos, Cornelio Fronto. Dicen que en vísperas de partir para su última campaña, hubo de dar el emperador, por espacio de tres días, largas conferencias sobre las doctrinas de diversas escuelas. Mucha filosofía en la vida interior y á la hora de la muerte es cosa excelente sin duda; pero otros cuidados debían ocupar á un príncipe al abrir una campaña.

(1) Bellori, la *Columna Antonina*, p. 15. Júpiter Pluvio, en figura de un anciano alado, extiende sus largos brazos de los cuales cae co-

pero sus triunfos se le subieron á la cabeza. Creía poder contar con su ejército, con el pueblo de Antioquía y con Egipto, que su padre había gobernado mucho tiempo y cuyo prefecto estaba á su devoción, y soñaba en repetir la historia de Vespasiano. Cuando todo lo creyó preparado, hizo cundir el rumor de la muerte de Marco Aurelio y algunos soldados lo proclamaron emperador.

Tenemos una carta de Casio dirigida por él á su yerno, la cual puede considerarse como su manifiesto:

«Marco, dice, es sin duda un hombre de bien; mas para que se alabe su clemencia deja vivir á hombres cuya conducta condena. ¿Dónde está Casio cuyo nombre llevo yo inútilmente? ¿Dónde está Catón el Censor? ¿Dónde están las costumbres antiguas? Marco filosofa; diserta sobre la clemencia y sobre el alma, sobre lo justo y lo injusto, y no

La carta de Casio arguye también una relajación de autoridad, que he señalado en el reinado de Antonino y que probablemente continuaba en el de Marco Aurelio; pero revela al mismo tiempo el duro é implacable gobierno que pensaba establecer el descendiente del tiranida.

Los soldados no necesitaban leer este manifiesto para sospechar los rigores que les esperaban, y la actitud de ellos y de las provincias obligó á Casio á decretar previamente la apoteosis del príncipe cuya muerte quería, y para el éxito de su empresa era esto de mal augurio. Pero violando el derecho, después de haberlo defendido tan bien, se pierde la mitad de la fuerza, cuando no se pierde toda.

Obedecido Casio, á pesar de su dureza, mientras permaneció dentro del deber, dejó de serlo, cuando salió de él. Todo cuanto había hecho por la disciplina, se volvió contra él, y los soldados que temblaron ante el lugarteniente legítimo del príncipe, asesinaron con ánimo resuelto al general rebelde y usurpador á los tres meses y seis días de haberle puesto las insignias imperiales su prefecto pretoriano (2).

piosa lluvia. Los soldados la recogen en sus cascos y escudos, mientras los bárbaros caen heridos por el rayo.

(2) M. Waddington ha encontrado en el Haurán cinco inscripciones con el nombre de *Av. Cassius*, y fechadas en 168, 169, 170 y 171. Ahora bien, siendo de 5 años la duración del cargo de un legado en las provincias consulares, en 172 estaba Casio en el último año de su

A la primera noticia de esta rebelión, declaró el senado á Casio enemigo público y confiscó sus bienes. Pero este esfuerzo hubo de agotar su valor, y muchos creían ya oír las legiones de Siria pasando los Alpes, como un siglo antes el ejército flavio, cuando se supo que se había enviado al emperador la cabeza del rebelde. Al verla Marco Aurelio sintió que la república hubiera perdido un buen general y él la ocasión de un generoso perdón.

«Pero si Casio hubiera sido vencedor, le decían, ¿te hubiera perdonado á tí acaso?» Y Marco Aurelio contestaba: «Nuestra piedad para con los dioses y nuestra conducta para con los hombres nos aseguraban la victoria.» Después pasó revista á todos los emperadores que habían muerto asesinados y probó que no había uno que por su culpa no mereciera este destino, mientras Augusto, Trajano, Adriano, Antonino habían triunfado de los rebeldes, y muchos de estos habían perecido como Casio contra la voluntad de aquellos príncipes. Así, por una extraña y feliz inconsecuencia, que se produce á menudo, Marco Aurelio, aceptando y todo la fatalidad estoica, entendía que á fuerza de prudencia se podía obligar al destino y tornarlo favorable. Y es que el carácter, que es la sustancia misma del alma, hace al hombre, más bien que las creencias, que no son más que una de las aplicaciones del espíritu; y como se recibe el uno de la naturaleza y las otras de las circunstancias, el sucesor de Antonino, cualquiera que fuese la doctrina que hubiera abrazado, habría sido siempre Marco Aurelio.

Faustina, los amigos del príncipe, el senado, pedían severidades; el emperador se opuso á ellas, y sólo algunos centuriones fueron sacrificados á la disciplina. En cuanto á los hijos de Casio, conservaron la mitad de los bienes de su padre sin perder la facultad de aspirar á los cargos públicos. Pero Marco Aurelio decidió que nadie en lo sucesivo gobernara la provincia de que fuera natural, y esta prohibición fué una de las reglas de nuestro antiguo derecho administrativo.

El emperador creyó necesario consolidar con su presencia el orden en las provincias orientales. Visitó á Antioquía, á la que castigó por su fidelidad á Casio, prohibiéndole por cierto tiempo todo espectáculo y regocijo público; Alejandría, que lo vió sin corte, sin guardias, envuelto con el manto de los filósofos y viviendo como ellos; Atenas sobre todo, donde admiró menos los monumentos del arte que los del pensamiento, y donde buscó las huellas de Platón y de Sócrates, más bien que las de Fidias y Pericles. Allí instituyó escuelas en diversas lenguas para la enseñanza de todas las ciencias, y se hizo iniciar en los misterios de Eleusis, única institución del paganismo que suponía un examen de conciencia, rechazaba al culpable y no admitía más que al hombre sin tacha.

De regreso á Roma, celebró un triunfo por las victorias ganadas sobre los germanos, dió á su hijo el consulado, el poder tribunicio y compartió con él el título de *imperator*. Ocho veces ya las legiones con un celo interesado, le habían concedido este honor, que se explica mejor por las gratificaciones que lo seguían que por las victorias decisivas que lo hubieran precedido. Algunas medallas igualmente verdicas prometían al imperio una paz perpetua. Apenas fueron acuñadas, cuando Marco Aurelio tuvo que partir de nuevo para la frontera de Panonia, donde los bárbaros contenidos y no domados, se removían sin cesar.

mando, y de aquí su rebelión (*Inscrip. de Siria*, núm. 2221. V. Borghesi, V, 437, núm. 11). Sin embargo, según una inscripción del C. I. L. III, núm. 13, Marco Aurelio no hubo de llegar á Alejandría hasta el año 176.

El emperador había exigido por un tratado, que parece ser del año 175, que los marcomanos se retiraran á cinco millas del Danubio, adonde no debían acercarse sino los días de mercado; de los yaciges, que no tuvieran un barco en el río; de los cuades que dieran libertad á sus cautivos. Y puede formarse idea de los estragos hechos por estos pueblos en el imperio por el número de los prisioneros romanos: los cuades prometieron entregar 50.000, y los yaciges libertaron el doble.

Otro peligro: la gran nación de los godos se había puesto en movimiento del Norte hacia el Sur, y desde que se acercó al imperio, los pueblos establecidos en la frontera romana pesaban sobre esta barrera de tal modo que amenazaban romperla (1). Roma habría necesitado un Trajano, que con golpes vigorosamente asestados, hubiera hecho retroceder á aquella multitud bárbara, y no tenía más que un hombre de bien que sabía sufrir la fortuna adversa, sin saber obligarla á cambiar.

Después de veinte meses pasados en medio de los trabajos, de las inquietudes y de las fatigas, que olvidaba para hablar consigo mismo *εὐνοία*, murió el 17 de marzo del año 180 á los cincuenta y nueve de su edad.

Todos los historiadores echan en cara á Marco Aurelio una debilidad vergonzosa respecto de su mujer, culpable por lo que toca á su hijo. Pero los miserables anecdotistas que escribieron en el tercer siglo la historia de los Césares, se complacían en el escándalo sin curarse del absurdo. Los infortunios conyugales han suministrado por desgracia en todos tiempos un asunto inagotable de hilaridad; los de los príncipes todavía tienen

(1) A dar crédito á Pausanias que escribía en tiempo de Marco Aurelio, este príncipe hubo de domar germanos y sármatas. Esto se lee también en la inscripción núm. 861 de la colección de Orelli. Herodiano, más exacto, se limita á decir: «Había vencido parte de estos pueblos y tratado con los demás: el resto se refugió en sus bosques. Su presencia los retenía allí y les impedía que emprendieran nada.»

(2) Según Canina.



Columna Antonina ó de Marco Aurelio (2)



un atractivo particular, porque parecen como un rescate de su grandeza y como una condición que los acerca á las miserias humanas.

A pesar de la longanimidad de algunos antiguos sobre este punto, no creo las palabras que se suponen de Marco Aurelio, el cual hubo de contestar á los que le instaban



Faustina, mujer de Marco Aurelio (1)

á repudiar á su esposa: «Entonces es preciso que devuelva también su dote,» (aludiendo al imperio). Pero el imperio no había sido la dote de Faustina, puesto que Marco Aurelio era César antes de haberse casado con ella.

La multitud sueña más que piensa; y en su sueño basta á veces un rumor para dar nueva dirección á los pensamientos que la voluntad no gobierna. Así pues la imaginación de la multitud y la de los escritores que la siguen no necesitan más que una palabra para hacer salir de ella toda una historia. Habiendo sido el hijo de Faustina, Cómodo, menos un príncipe que un gladiador, se le supuso hijo de un héroe del anfiteatro; y de aquí la historia de su nacimiento, que no puede hacerse más que en latín y que los bustos y las medallas desmienten por la semejanza que establecen entre Marco Aurelio y él (2). Con todas sus virtudes, tenía el emperador un peligroso defecto: el filósofo era enojoso, pesado, fastidioso. ¿Causó faltas este fastidio? ¿Quién sabe? La bella emperatriz hallaba sin duda que los austeros personajes que rodeaban á su esposo no eran más que pedantes y la excelsa dama miraba con desdén á las modestas personas que él favorecía. Estas se vengaron con sordas maledicencias, que después de su muerte estallaron en calumnias, que las locuras y crueldades de Cómodo parecieron legitimar: la madre pagó por el hijo. Dion, casi un contemporáneo, guarda silencio, á lo menos en lo que nos queda de él, respecto de estas historias: sólo de paso y con una palabra, suya ó de su compilador, hace alusión á faltas;

(1) Piedra grabada (cornalina de 12 milímetros por 10) del gabinete de Francia, núm. 2095.

(2) Esta semejanza es atestiguada por Frontón: «He visto á tus hijos, escribe al emperador... *tam simili facie tibi ut nihil sit hoc similiti similitus*» (ad M. Aur. I, 3). El mismo Capitolino tiene por fábula popular la historia del nacimiento de Cómodo (*talent fabellam vulgari sermone contexunt*) y la de las relaciones de Faustina con Vero que luego al punto habría sido envenenado por ella. Faustina había tenido dos hijos mayores que Cómodo, que murieron jóvenes, y

y las cartas de Faustina conservadas por Vulcacio Galicano, son dignas de una emperatriz, de una esposa y de una madre.

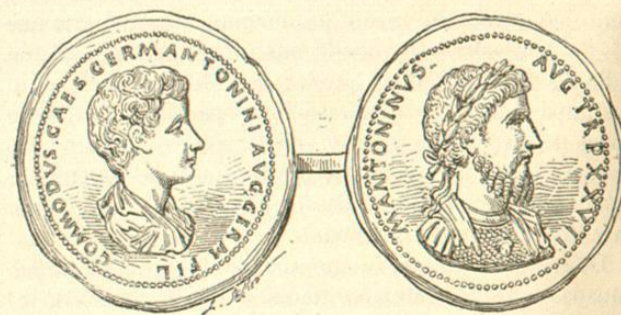
Faustina había seguido á su esposo en casi todas sus expediciones, lo que le había valido de parte de los soldados el título de «madre de los campamentos;» y lo acompañaba también en Oriente, cuando una enfermedad le quitó la vida al pie del Tauro.

Los que la habían calumniado en vida, la calumniaron también á su muerte, haciendo cundir el absurdo cuento de haber ella misma impelido á Casio á la sublevación por el ofrecimiento de su mano, habiéndose luego dado muerte por temor de que su esposo descubriera esta complicidad (3). Marco Aurelio le hizo edificar un templo en el lugar en que había muerto, y en Roma quiso que se representara á la emperatriz en un bajo-relieve, arrebatada al cielo por un genio, y á él mismo siguiendo con ojos amorosos la apoteosis de su cara *Faustina*. En el templo de Venus y de Roma erigió un altar, donde los novios ofrecían un sacrificio el día de sus bodas; en el teatro se puso su estatua de oro en el mismo sitio que tenía costumbre de ocupar y las más nobles damas del imperio iban á sentarse al rededor durante los juegos.

Ahora bien, ¿hubiera hecho Marco Aurelio este ultraje al pudor público, si hubiera tenido dudas sobre la madre de sus siete hijos? ¿Y hubiera escrito tampoco sobre ella lo que se lee en los Pensamientos? Se dice que disimulaba. El *Verídico* creía lo que escribía. En cuanto á sostener que no supo nada de semejantes extravíos, es hacer de él un bobo de comedia, y los enemigos que en medio de una corte de advenedizos se había creado la emperatriz con su belleza, su gracia y quizá su altivez, habrían sabido encontrar la manera de advertir al burlado marido.

En cuanto á su hijo, se acusa á Marco Aurelio de haber conocido los malos instintos de su natural perverso, sin atreverse á combatirlos. A la muerte de su padre, apenas tenía Cómodo diez y nueve años, y á pesar de los relatos que de su juventud licenciosa y feroz se hacen, sin duda no había mostrado aun los vicios que le dieron lugar aparte entre los tiranos.

Todos los Antoninos habían llegado tarde al imperio, en la madurez de la vida; Cómodo tomó posesión del poder



Marco Aurelio y Cómodo (4) (Medallón de bronce; Cohen, n.º 369)

supremo casi á la edad de Nerón. Para explicar que hubiera vivido como él, no es preciso acusar á Marco Aurelio:

cuatro ó cinco hijas, de las cuales la mayor, Annia Lucila, se casó primero con Vero y luego con Pompeyano. Tres hermanas de Cómodo le sobrevivieron (Lamp. Com. 18).

(3) El biógrafo de Avidio Casio niega esta complicidad, que rechaza el buen sentido.

(4) *Commodus Ces. Germ. Antonini Aug. Germ. Fil.* al rededor del busto de Cómodo niño. En el reverso: *M. Antoninus Aug. Tr. P. XXVII*, y Marco Aurelio acorazado. Medallón de bronce, muy raro. Gabinete de Francia.

el ejercicio del poder absoluto á la edad de las pasiones basta para hacerlo comprender todo.

Pero si no se le puede pedir cuenta de las crueldades de su hijo, se tiene el derecho de reprocharle haber hecho posibles estas crueldades renunciando al sistema que prevalecía para la sucesión al principado, á contar de ochenta y tres años atrás.

En todo el tiempo de su duración, osciló el imperio entre dos principios contrarios: la sucesión real, que está siempre en el corazón del príncipe y á veces en la complacencia de los súbditos, y la elección popular, que estaba en todos los recuerdos, en el espíritu de la Constitución, en la necesidad frecuente de elegir un jefe, puesto que las familias imperiales habían sido impotentes para reproducirse y durar. Pero la ley y las costumbres romanas daban el medio de conciliar estos dos sistemas opuestos por las facilidades concedidas á la elección. Ningún pueblo ha practicado este régimen en la proporción que Roma le dió: sólo se perpetuaron sus grandes familias llamando á su seno personas extrañas, que en esta filiación legal habían encontrado todos los derechos anexos á la filiación natural.

Por otra parte, el emperador representaba al pueblo que teóricamente seguía siendo el soberano verdadero. Además, en virtud de la supuesta delegación originaria que se le había hecho, y que al advenimiento de cada príncipe la *lex Regia* parecía renovar, el tribuno perpetuo ejercía legalmente todos los poderes de la asamblea pública.

De aquí resultaba que la elección del futuro emperador, decidida y todo por un hombre solo, parecía una elección indirecta del pueblo. La confirmación dada luego por el senado y los ejércitos era el asentimiento de la nobleza y de los que se consideraban, mucho mejor que el populacho de Roma, como el verdadero pueblo romano.

Tal era el derecho constitucional del imperio, y gracias al religioso respeto que los romanos concedían á las fórmulas y á las apariencias, bastaban algunas palabras, pronunciadas según el ritual y los viejos usos, para dar fuerza de derecho á lo que no era en el fondo sino el derecho de la fuerza.

Con estas costumbres privadas y públicas, particulares de la Roma imperial, con esta facilidad de elegir cómo y cuándo el príncipe quería el hijo y heredero que le agradaba, tenían los emperadores el medio más eficaz de asegurar siempre buenos jefes del Estado. Así lo hicieron para bien del mundo, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino. Dos príncipes, Galba y Adriano, hasta dieron la razón de este sistema que acababa de hacer sus pruebas; había durado bastante tiempo para que se estuviera en disposición de aceptar como ley del Estado, lo que no sólo era la ley de las familias, sino que había sido también de hecho, por espacio de dos siglos, la ley del imperio. De diez y siete emperadores, sólo se encuentran dos, Tito y Domiciano, que hayan sido herederos naturales de su predecesor (1).

(1) Augusto, que era también hijo adoptivo de César, había preparado el advenimiento de su yerno, Agripa, en perjuicio de sus nietos, y adoptando á Tiberio en detrimento de su heredero legal, Agripa Póstumo, había obligado al hijo de Livia á adoptar á Germánico, bien

Si pues Marco Aurelio hubiera tenido firme espíritu político, habría sacrificado, como decía Augusto, sus afecciones paternas al bien público, y dejado su poder á algún consular experimentado. Muy cerca de él se hallaba un senador que había sido dos veces cónsul y mandado una el ejército, su yerno Claudio Pompeyano: en los *Césares* le arguye Juliano por no haber elegido para el imperio á este personaje, hombre de acción y de buen consejo. «Pompeyano, dice, hubiera gobernado bien.»



Roma, de estatura sobrenatural, á título de divinidad da el globo del mundo á Marco Aurelio (Bajo relieve del arco de Marco Aurelio). Capitolio, palacio de los Conservadores.

El sistema de la adopción se hubiera fortalecido con este nuevo ejemplo de una libre elección, y el imperio habría acaso legado á la Europa moderna un principio de gobierno superior al de sucesión hereditaria. Pero por la más extraña inconsecuencia, el filósofo que para gobernarse á sí mismo, miraba el mundo de tan alto, no quiso para el gobierno de ochenta millones de hombres, mirar fuera de su casa; y el sabio á cuyos ojos se borraban todos los privilegios, creyó que su hijo, con sólo haber nacido en pañales de púrpura, merecía el cetro del universo.

Esta falta volvió á arrojar en medio de todos los azares de los orígenes reales y de los tumultos de la soldadesca, una sociedad que no teniendo para defenderse de las temeridades de un señor absoluto, esas previsoras instituciones, cuyos lazos flexibles y elásticos contienen sin herir, comenzó

que tuviera Tiberio un hijo de edad adulta. A su vez Tiberio dejó el poder, no á su propia sangre, sino á Calígula, y Claudio por la adopción de Nerón, desheredó á su hijo Británico. En fin, la adopción de Clodio (Cicerón, *pro Domo*, 13) prueba que desde el tiempo del orador latino, se observaban ó no, según las circunstancias, las antiguas condiciones de la adopción.



otra vez á vivir al día, según que la fortuna ponía al frente de su gobierno un hombre prudente ó un insensato.

Severo hará con Caracalla lo que Marco Aurelio hace con Cómodo: los Treinta Tiranos reemplazarán á los An-



Cómodo, niño (1)

toninos y una mala costumbre de sucesión aumentará las causas de ruina que van á desarrollarse en el seno de esta monarquía en otro tiempo tan fuerte y tan feliz.

### III. — ESTOICOS Y CRISTIANOS

Otra falta pesa sobre su memoria, la persecución de los cristianos. Entonces ocurrió el primero de los grandes choques del cristianismo y del imperio. No podemos omitir esta sangrienta página de su reinado, porque en ella se encuentra un problema histórico, que se ha presentado con frecuencia, que reaparecerá siempre y que más bien que las batallas hace la grandeza dramática de la historia. ¿Por qué no quiere nunca el pasado que se va, comprender el porvenir que se acerca y será mañana el presente?

La guerra que había roto el estrecho recinto de la ciudad romana, rompió también la estrecha envoltura de los sistemas: las ideas se habían agrandado como el Estado. La metafísica había ganado poco en ello: apartados, por las tendencias prácticas de su genio, de las argucias con que se extraviaba el sutil ingenio de los griegos, raza contenciosa y disputadora que se contentaba ahora con el sonsonete de las palabras, los romanos dejaron á un lado las discusiones teóricas para ir en derechura á las consecuencias individuales y sociales. Sus filósofos no habían sido más que moralistas y lo habían sido con un carácter particular. Una paz dos veces secular, como nunca la había conocido el mundo, había aflojado los violentos resortes de la naturaleza humana, suavizado las pasiones fieras, que excitaba la perpetuidad de la guerra, y abierto la fuente hasta entonces cerrada de los sentimientos afectuosos de cada uno para con todos. La moral de Cenón y de Cleantes que se proponía no tanto arreglar la naturaleza humana, como do-

(1) Busto del Museo del Louvre.

marla con el orgullo del alma y la insensibilidad del cuerpo, perdió poco á poco su rudeza, suavizada por el espíritu de caridad, se calentó con expansiva ternura y su altivez desdeñosa se trocó en simpática dulzura. La idea de la humanidad, entrevista en la Grécia, se precisó también, y un emperador fué quien escribió: «El ateniense decía: ¡Oh amada ciudad de Cécrope! Y tú no puedes decir del mundo: ¡Oh amada ciudad de Júpiter!»

El pensamiento de Marco Aurelio va más lejos todavía; no se reduce sólo á la humanidad, sino que abraza la naturaleza entera y Dios. El mundo es para él un *cosmos* divino. «¡Oh mundo! todo lo que te conviene me acomoda. ¡Oh naturaleza! todo lo que tus estaciones me traen es un fruto siempre maduro.»

Una nueva concepción moral se añadía pues al tesoro de las ideas generosas de que el hombre estaba en posesión. El antiguo estoicismo, no tenía más que los dos principios negativos, *sustine et abstine*, sufre y abstente; el nuevo había encontrado el tercer principio, el principio de acción necesario para fecundar los otros dos: *adjuva*, ama á los hombres y ayúdales. Con esta palabra volvían los estoicos á la sociedad de que les había hecho salir su misma orgullosa virtud.

Pero si la humanidad venía á ser una gran familia, era preciso en el orden natural, considerar á los hombres como hermanos é iguales, que teniendo la misma sangre, tenían derecho á los mismos miramientos. Desde el tiempo de Nerón, escribía ya Séneca: «Todos los hombres son nobles, hasta el esclavo; todos son hermanos, porque todos son hijos de Dios.»

Al mismo tiempo desengañados de sus dioses de palo y de piedra, representantes inertes de las fuerzas ciegas de la naturaleza, los sabios del paganismo, estoicos atenuados ó sectarios del platonismo renovado, se esforzaban en penetrar los secretos del mundo invisible. Nadie se paraba en la concepción del alma universal de la naturaleza, causa primera por la cual todo vivía; muchos buscaban más allá del mundo físico esa causa universal que él no encierra; pero unos y otros veían un reflejo del pensamiento divino en la conciencia individual por cuyos juicios debía arreglarse todo.

Así, desde Aristóteles hasta Marco Aurelio, no había cesado la filosofía de desenvolver las ideas de humanidad, de benevolencia mutua, de igualdad moral, y acababa por lle-



Faustina, madre de los campamentos (2)

gar á la Providencia divina, que era para el imperial filósofo lo que debe ser para todos, la concordancia necesaria de las causas y de los efectos: «Ve derecho, dice, según la ley, y sigue á Dios que es el guía y el término del camino.» Cleantes había ya cantado en un himno magnífico, *la ley*

(2) En el anverso, la cabeza de Faustina, joven; en el reverso, la leyenda *Matri Castrorum* y Faustina sentada, llevando en la mano derecha un globo rematado en el ave Fenix, y en la izquierda un cetro; delante, tres estandartes (Gran bronce; Cohen, núm. 194).

común de todos los seres. La filosofía, que al principio había sido un grito de guerra ó de rebelión, había pues venido á ser el sentimiento del deber, como quiera que lo que entonces hacía de ella la idea dominante era la sumisión á la ley, que cada cual puede descubrir por el estudio perseverante de sí mismo.

Si los apologistas del siglo segundo y tantos otros doctores, encontraban cristianos antes del cristianismo, nadie lo fué en su corazón tanto como Marco Aurelio, porque ningún hombre llevó nunca más lejos el deseo del perfeccionamiento interior y el amor de la humanidad. Así, quedó como la más alta expresión de aquel estoicismo depurado que confinaba con el cristianismo, sin entrar en él ni de él tomar nada.

Después de su muerte se encontraron en una caja diez paquetes de tablillas, escritas por él solo, sin plan, ni orden, según el pensamiento del día; tablillas que nadie había visto, que acaso nadie debía ver tampoco; y este diálogo con su alma, estas meditaciones solitarias han hecho un libro de moral sublime. Para él, el *ser virtuoso* es un *sacerdote* del Dios interior, es decir de la conciencia. «Que el Dios que hay en tí, dice dirigiéndose á sí mismo, gobierne á un hombre, verdaderamente hombre, á un ciudadano, á un romano, á un emperador.» Pero quiere á este romano, á este emperador, dulce, compasivo, amigo de los hombres. «Piensa que los hombres son hermanos tuyos y los amarás. — ¿Puedes decir: Nunca he hecho daño á nadie ni de palabra ni de obra? Si puedes has cumplido tu deber. — En un instante no serás más que ceniza y polvo; mientras llega ese momento, ¿qué debes hacer? Honrar á los dioses y hacer bien á los hombres.» Pero ¿en qué consiste el bien? En obrar según la recta razón, *εὐρὴς λόγος*, que es una emanación de la razón universal y según la voluntad divina, que es la soberana justicia. — Así, la humanidad nos manda amar como á hermanos nuestros hasta á los que nos han ofendido; y una sola venganza nos es lícita, á saber: no imitar á aquellos de quienes tenemos motivos de queja. — No es bastante hacer bien; ha de hacerse por sí mismo sin ninguna idea ni esperanza de compensación. — «Te quejas de haber favorecido á un ingrato, y hubieras querido ser recompensado, como si los ojos pidieran salario por ver y los pies por andar. El caballo que ha corrido, el perro que ha cazado, la abeja que ha hecho su miel, el hombre que hace beneficios no lo publican por el mundo, sino que pasan á otro acto de la misma especie, como hace la vid que da otros racimos, cuando vuelve la nueva estación.» Abstenerse hasta del pensamiento del mal, amoldando el alma á la imagen de la divinidad; sufrir con resignación las injurias; amar á los hombres; sacrificar al deber hasta lo que más se ama: he aquí á Marco Aurelio íntegramente. Y creía que esta viril religión del deber podía bastar á la humanidad; error de un noble espíritu, en el cual es bello haber caído, y que á Dios gracias, dura aun para algunas almas heroicas. Pero ¿cuándo vendrá á ser la fe y la regla de la multitud? Esta filosofía simplificaba la vida no hablando de la muerte, ó, al menos, no inquietándose por lo que se puede hallar más allá de la tumba, se desentendía de las cuestiones que más han turbado al alma humana. De pronto había celebrado la salida razonable, *εὐλογος ἐκταφῆς*, por la cual el hombre devuelve por sí á la naturaleza los elementos que ella misma le había prestado por un instante; y ya se ha visto, de Tiberio á Vespasiano, una verdadera epidemia de suicidio. Marco Aurelio, el hombre de la ley, condena la muerte voluntaria como una debilidad: «Aquel, dice, que arrebató su alma de la sociedad de los seres razonables, es un transgresor de la ley; el siervo que huye es un desertor.» Así reprueba

lo que llama «el tenaz empeño de los cristianos en buscar la muerte con trágico ademán.» Pero acepta el decreto de la naturaleza, «sin ostentación, fiereza ni desdén,» pues que la muerte es una consecuencia necesaria de las leyes del mundo. «Algunos granos de incienso, dice, son destinados á arder sobre el mismo altar; que uno caiga en el fuego más pronto, otro más tarde, ¿dónde está la diferencia? Y también: «Es preciso dejar la vida como la oliva madura cae bendiciendo la tierra, que la ha nutrido y dando gracias al árbol que la ha sostenido.» Su virtud no era un tráfico hecho con el cielo; en ella había encontrado su recompensa y no esperaba nada de los dioses: «el silencio eterno de los espacios infinitos» no le espantaba.

Con todo eso, este pensamiento lo persigue más de lo



Faustina, mujer de Marco Aurelio (Busto del Museo de Nápoles)

que él confiesa. «¿Qué importa, dice, qué importa el ser ó la nada al salir de este mundo? O no será nada ó será mejor.» Y no será mejor, sino á condición de haber obedecido á la razón, al deber, es decir á la ley divina. El filósofo práctico salía así de las contradicciones de su sistema, que encierra el destino del hombre en este mundo, y salvaba la moral, que después de todo es el gran negocio, porque la moral no es más que la ley de Dios descubierta por la razón pura y fielmente observada.

En el libro de los *Pensamientos*, el método, es decir, el estudio perseverante de sí mismo y la exquisita pureza de los sentimientos son de Marco Aurelio; pero el fondo de las ideas pertenece á su tiempo. Para convencerse de ello, bastaría leer los primeros capítulos, donde devuelve á cada uno de sus maestros, de sus deudos y amigos lo que de ellos ha recibido. Con la doctrina del *lóγος*, que une el hombre á Dios y á los hombres entre sí, los nuevos estoicos sacaron este principio, fundamento de la sociedad humana y de la ciudad divina: que es preciso honrar el genio divino que está en nosotros por medio de la pureza moral y el que está en nuestros semejantes por medio de la caridad.

Ahora bien, la historia nos ha mostrado estas ideas saliendo de la escuela para penetrar en la ley civil, que ellas cambian, y hasta en la administración, que ellas también modifican. Eminentes juriconsultos que se sucedieron du-